

VISION TACTICA ACTUAL DE LA BATALLA DE TORO

APUNTES PARA UN INTENTO DE INTERPRETACIÓN

por Rafael CASAS DE LA VEGA
Teniente Coronel de Caballería

La batalla de Toro es un hecho de armas pequeño en cuanto a la importancia de los efectivos empleados, pero trascendente en cuanto a los resultados obtenidos y al método seguido.

Para la correcta interpretación de los resultados y el método es conveniente no ceñirse al desarrollo del pequeño hecho de armas, sino encuadrarle debidamente en el tiempo y en el espacio.

De esta manera el estudio debe abarcar tres partes:

- 1.^a *Antecedentes*.—Establecimiento portugués en el Duero medio, al amparo de una cuestión dinástica.
- 2.^a *La batalla propiamente dicha*.—Destrucción de la fuerza fundamental portuguesa.
- 3.^a *Resultados*.—Expulsión de los portugueses y establecimiento de un poder real efectivo.

I

PLANTEAMIENTO GENERAL DEL PROBLEMA

Hay una mutación profunda en los destinos españoles durante el reinado de los Reyes Católicos. La consecución de la unidad nacional y el descubrimiento de América no son hechos fortuitos que se produzcan como por casualidad; sino resultados razonables de una serie de premisas.

Isabel y Fernando conciben un nuevo modo de ver las cosas, de entender lo español, de potenciarlo y de dirigirlo.

Heredan un oscuro reino desunido, legando a sus descendientes una potencia de primer orden, en camino de convertirse en cabeza del mundo y exponente de un nuevo orden.

No es casual el resultado.

Ante la desunión saben crear un interés común a las pretensiones particulares. Hay, sobre todo el comienzo de su largo reinado, una labor inicial de potenciación a la que ayudan las circunstancias del momento, que cristaliza en el triunfo absoluto de la fe en los destinos de España que alentaba en ambos esposos.

Ambos, actuando solos o unidos, con un solo propósito, un superior actuar.

Hay una concordia en sus decisiones que maravilla. La reina recorre su Castilla con autoridad, dando muestra siempre de piedad y de inteligencia de los problemas. El rey, sólo o con la reina, es el poder militar templado y enérgico que acaba triunfando.

Se eluden en lo posible las penas severas. Los nobles salen enriquecidos aunque sin potencia para alzarse ante el poder real. El estado llano va encontrando en la sabiduría del gobierno un país en el que merece la pena vivir, y, si es preciso, si es orden de los sabios gobernantes, por el que merece la pena morir.

Pero todo esto no es un producto casual, no lo trae el tiempo, lo trae la extremada capacidad de trabajo y de comprensión de los reyes; su austeridad; su valor.

Porque Fernando V es hombre que combate en primera línea e Isabel es mujer de fe y de trabajo, de honestidad y amor.

Quizá en el planteamiento y en la resolución del problema sucesorio, que se condensa en la lucha en torno a Toro, podamos encontrar algo de ese espíritu que llevó a una pareja excepcional a crear un país excepcional llamado España.

Un antecedente necesario. La corrupción en el reinado de Enrique IV

El reinado de Enrique IV de Castilla se había caracterizado por tres hechos esenciales, la desunión del país, la prepotencia de la nobleza y el desenfreno pasional.

El rey, a quien no hay perversión que no se le achaque, con razón o sin ella, fue juguete de los nobles que llegaron a destronarle y repartirse los despojos de un reino triste, perdido en la Península Ibérica, sin trascendencia exterior alguna.

Sus vecinos: el astuto Luis XI de Francia, el viejo rey de Aragón, Juan II y el victorioso Alfonso V de Portugal, llamado el Africano, miraban las desdichas y locuras de Enrique con paciencia y malas intenciones. Todos esperaban algo de la postración castellana. Los franceses vieron acercarse el momento de pasar el Pirineo por su extremo occidental para establecerse en la cabecera del Ebro. Los portugueses sentían ensancharse sus dominios a Galicia y quizá al Duero medio; el rey de Aragón, estrechamente emparentado con el débil monarca y con lo más potente de su nobleza, tenían puestos los ojos en una futura unión de ambos estados bajo un cetro aragonés, empuñado por su hijo Fernando.

La extraña conducta de Don Enrique vino a favorecer estos designios.

En marzo de 1462 nace la princesa Juana en presencia de lo más escogido de la nobleza. El rey la hace jurar heredera.

Hay un extendido rumor de que la recién nacida no es hija de Enrique IV.

No se sabe, no se puede saber, pero no importa demasiado la duda, porque los contemporáneos, muy especialmente los nobles, actúan como si el rumor fuese una realidad conocida.

Se crea una oposición inicial en la que entran el Almirante de Castilla, Don Fadrique Enríquez, biznieto de Alfonso XI, como Juan II de Aragón y el suegro de éste, el Conde de Paredes, Don Rodrigo Manrique y el Arzobispo de Toledo, Don Alonso Carrillo, a los que pronto se unen otros no menos poderosos como el Marqués de Villena, Don Juan Pacheco, sobrino del Arzobispo, y el Maestre de Calatrava, Don Pedro Girón, hermano del Marqués.

En 1464 los nobles, reunidos en Burgos, inculpan y amenazan en público al rey. Al año siguiente Enrique es depuesto. Se jura como rey a su hermano Alfonso, joven, que muere poco después.

Siguen actos de igominia, como el embarazo de la reina, separada del ex rey. La dignidad real está por los suelos. Los nobles toman posiciones de predominio. Los monarcas extranjeros acechan la posibilidad de obtener ventajas.

En 1468 son reconocidos en los Toros de Guisando los derechos de Isabel a la sucesión de Enrique. Siguen intrigas y luchas por asegurarse ventajas y privilegios. La princesa Isabel es, prácticamente, prisionera en Ocaña de sus enemigos. La reina Juana con el devaneo de turno y su hija está en poder de otra fracción. Enrique IV lleva una vida extraña que los historiadores juzgan severamente.

En 1469 la Princesa Isabel contrae matrimonio con el heredero de la corona de Aragón, en contra de los deseos de su hermano Enrique, que pretende casarla con Alfonso V de Portugal.

Enrique reconoce entonces (1470) a Juana «la hija de la reina», como heredera. Alrededor de Juana y de Isabel se va formando un tejido de alianzas y oposiciones. Los nobles, protagonistas máximos del proceso, se sitúan en el bando que parece contar con más posibilidades. Hay va como dos grandes direcciones polarizadoras. Los que se inclinan por la solución aragonesa que tienden hacia el reconocimiento de Isabel como soberana y los que se inclinan hacia la solución de Portugal, que hacen suya la causa de la infeliz Juana apodada desde entonces «La Beltraneja».

Pero es la muerte del rey, ocurrida el 12 de diciembre de 1474, la que da lugar a la ruptura.

La muerte de Enrique, como toda su vida, engendra una serie inabarcable de rumores. Nadie sabe si el rey, como se dice, ha sido envenenado; nadie sabe si Juana, nacida de su mujer, ha sido finalmente reconocida por él como hija suya.

Desde el mismo lecho mortuario comienzan las discordias. Los albaceas

del rey aparecen divididos. Cuatro de ellos, se declaran partidarios de Isabel; los otros dos, de Juana.

Los primeros son el Cardenal de España, el Marqués de Santillana, el Condestable de Castilla y el Conde de Benavente. Los segundos, el intrigante Marqués de Villena y el poderoso Duque de Arévalo.

Las ciudades, conocida la muerte del rey, toman igualmente partido. Predominan inicialmente las partidarias de Isabel, pero no faltan las disidentes que ven crecer el partido contrario y desean encontrarse en las filas del vencedor.

Antecedentes inmediatos

El rey de Portugal, Alfonso V el Africano, decide apoyar a su sobrina Juana, y aceptar la idea de casarse con ella y reclamar para sí el título de rey de Castilla y León.

Los nobles castellanos partidarios de La Beltraneja le hacen creer que toda Castilla se pondría de su parte si era capaz de invadir su territorio al frente de un poderoso ejército.

En Portugal surgen problemas porque una parte de la nobleza estima que la empresa que se proponía a su rey era excesiva para sus fuerzas y había de acabar en un fracaso. Se temía, con razón, que algunos de los que tan ardientemente le pedían su intervención abandonaran su causa cuando vieran que no tenía éxito. Alfonso desoyó sus consejos.

Los Reyes Católicos ante la posible invasión

Los Reyes Católicos, entre tanto, tomaron una serie de medidas tendentes a impedir la posible invasión portuguesa y su progresión en el interior:

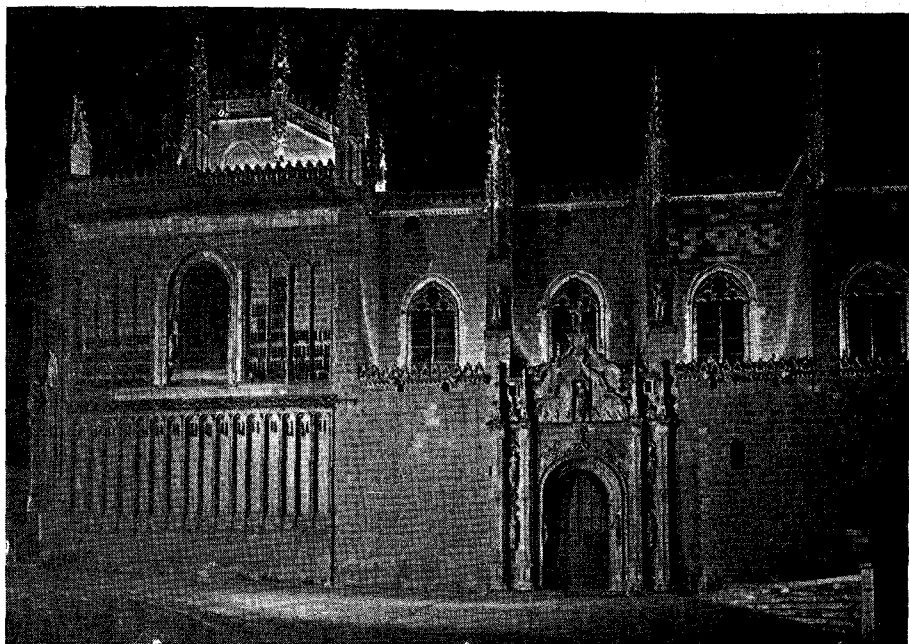
Ante todo consiguen una tregua de seis meses con Francia (a contar desde abril de 1475) y otra con el reino granadino.

El rey Fernando acude a la zona fronteriza de Badajoz y logra mediante acuerdos, promesas y dádivas, asegurar que las foralezas próximas a la línea de separación entre ambos reinos permanezcan fieles a su causa. Especialmente Badajoz.

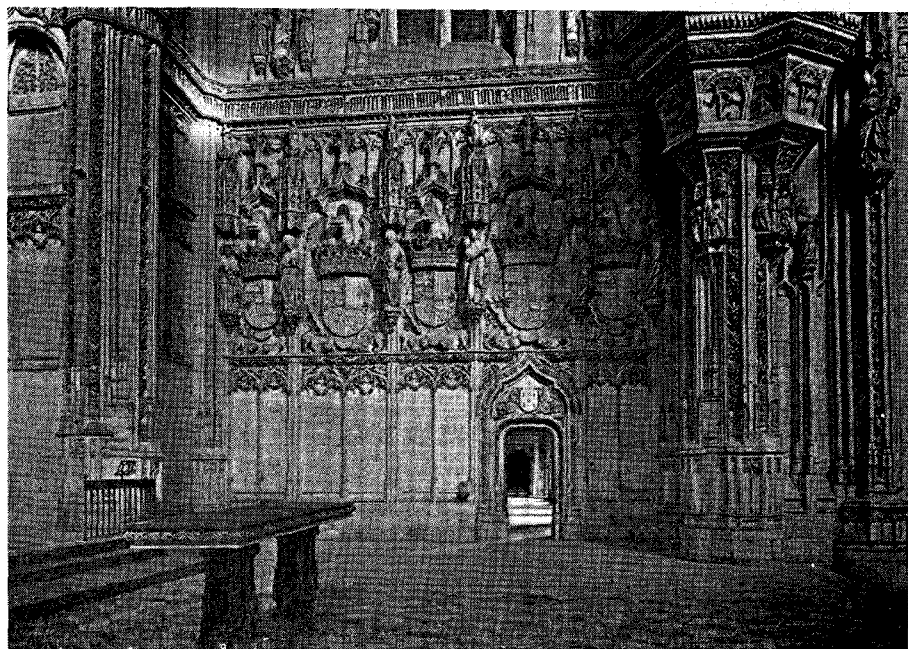
Después envió a dos de sus capitanes con fuerzas para someter a Ciudad Rodrigo.

Quedaban con ello aseguradas las dos mejores rutas de invasión. Las fuerzas portuguesas, caso de decidirse a la invasión habían de pasar por zonas menos apropiadas o bien hacerlo por Badajoz o Ciudad Rodrigo, pero teniendo a retaguardia plazas fuertes en poder de su enemigo desde las que podía cortárseles la vía de suministros desde Portugal.

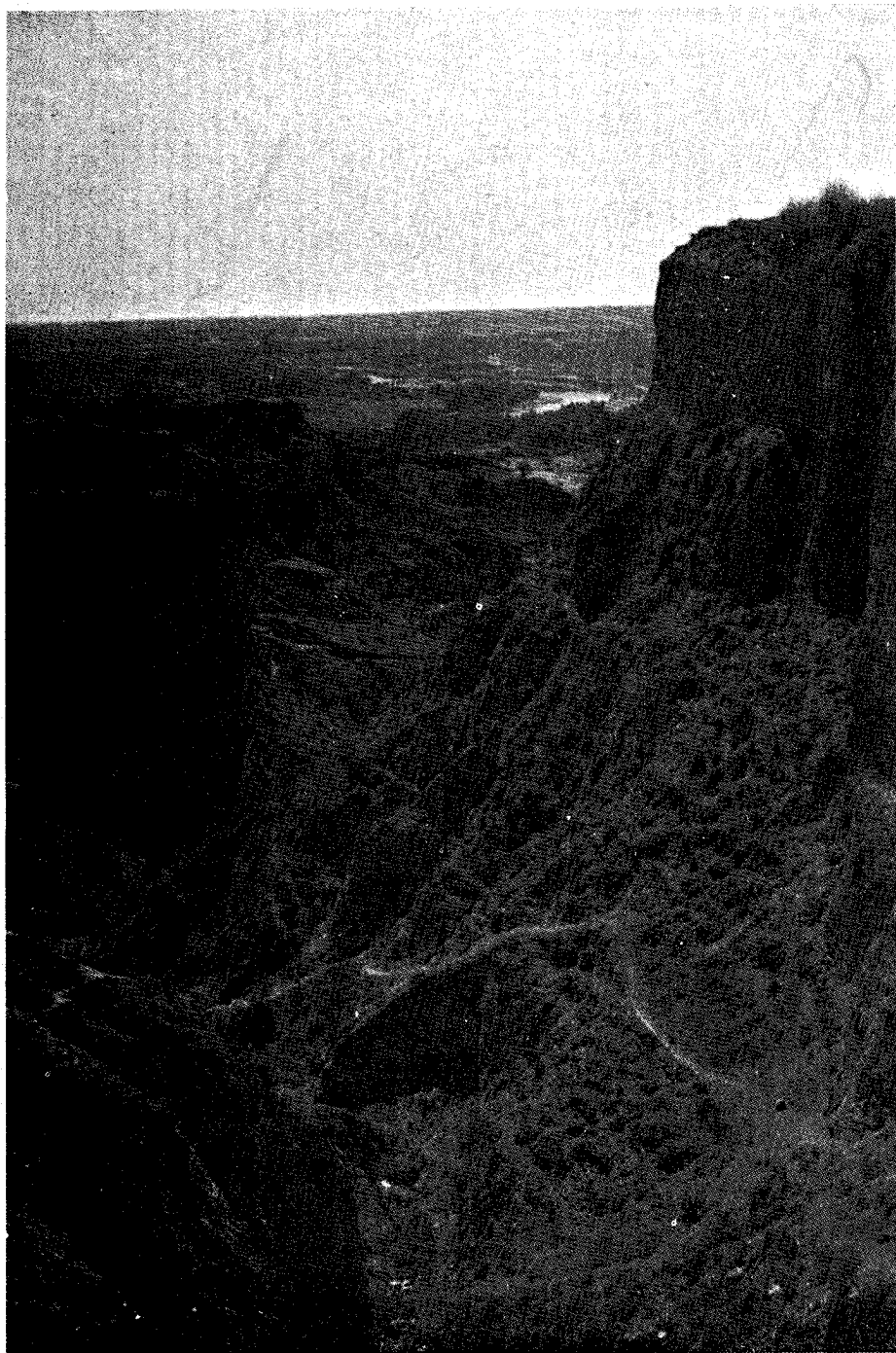
La Reina Isabel entretanto había buscado a toda costa atraer a su partido al Arzobispo de Toledo, Don Alonso Carrillo, quien quizá por



San Juan de los Reyes es obra de Juan Guas y conmemora la victoria de Toro. W. T. Walsh dice de él que es «un monumento del amor de toda la vida de Isabel por Fernando».



Interior de San Juan de los Reyes. En su labra intervinieron más de 226 maestros canteros, y su primor y rotundidad agobiante, son muestra del poder y la inteligencia de los Reyes Católicos.



Barranco situado al sur de Toro. La aventura de pasarlo conducidos por un pastor hizo posible la toma de la ciudad. Con ella la guerra, o mejor el pleito de la sucesión, está virtualmente acabado.

razones personales, había pasado de ser un ardiente partidario a convertirse en un duro y poderoso enemigo.

Isabel intenta visitar al Arzobispo que se había retirado a su villa de Alcalá de Henares, pero el eclesiástico no la recibe. La reina, entonces, desde Colmenar Viejo, donde se encontraba, se dirige a Toledo, ciudad nada segura, en la que entra y de la que toma la fortaleza y los puentes en los que pone guardia leal a su causa.

Desde Toledo, Isabel tiene noticias de la inminente invasión de los portugueses y parte sin darse reposo hacia Valladolid. La rapidez de la marcha hace que la reina aborte en la villa de Cebrenos (31 mayo), teniendo que ser trasladada a Avila para su recuperación en delicado estado de salud.

Don Fernando, por su parte, decidido a fortalecer su posición en la submeseta Norte frente a una invasión procedente de Portugal, se dirige a Salamanca, donde entra en triunfo (28 de mayo), y después a Zamora, donde el partido enemigo era fuerte. La preocupación del rey predispone a su favor a las gentes y Fernando sabe aprovechar la ocasión para restablecer su poder en el Tormes y en el bajo Duero. No sucede lo mismo cuando intenta entrar en Toro, cuyo alcaide le negó la entrada.

Llegado a Valladolid, el rey se dedica a organizar un numeroso ejército llegado a las inmediaciones de la ciudad en virtud del llamamiento real circulado en el mes de abril. Los resultados son sorprendentes por el número de tropas reunidas, pero la calidad es baja. Junto a las mesnadas señoriales a caballo que constituían la fuerza principal de combate de la época, se juntó una extensa peonada sin disciplina alguna. Se trataba de una masa de quizá más de cincuenta mil hombres, de los que unos siete mil iban a caballo. El número de hombres de armas encubertados, era escasamente de tres mil, los espingarderos, incluidos entre los infantes, no eran más de cinco mil. La artillería prácticamente no existía. Es decir, escasamente una quinta parte podía considerarse fuerza armada capaz de combatir con éxito. El resto, bien por su indisciplina, bien por la escasez de su armamento eran de escaso valor.

El Rey de Portugal, Alfonso V, y la invasión de Castilla

Ante Alfonso V de Portugal aparecía un problema militar complicado.

Los apoyos fundamentales a su causa provenían de dos de las más importantes familias castellanas: los Stúñiga y los Pacheco. Con ellos, aliado desde el mes de febrero, se encontraba el poderoso Arzobispo de Toledo.

Dominaban los Stúñiga un extenso territorio de las actuales provincias de Cáceres, Avila, Salamanca y Burgos. En Cáceres eran dueños de Plasencia y de su cercanía, en Salamanca de Béjar y la suya, en Avila, de Arévalo; en Burgos del castillo de la capital.

Tenían los Pacheco como suyo el extenso marquesado de Villena que se extendía por las provincias de Alicante, Albacete y Madrid. La orden de Calatrava, que ocupaba extensas zonas de Toledo y Ciudad Real, estaba

también vinculada a la familia, así como la importante ciudad de Trujillo y las fortalezas de Jerez de los Caballeros y los Santos de Maimona.

El Arzobispo de Toledo mantenía una gran influencia en los asuntos públicos, además de importantes posesiones entre las que se contaba la villa de Alcalá de Henares.

En el sur contaban, el rey portugués y su partido, con la buena disposición del Marqués de Cádiz.

En el valle del Duero, Toro y la fortaleza de Castronuño le eran adictas, contando en Zamora con un fuerte número de partidarios

Posibilidades de acción para el rey portugués

Tenía Alfonso V ante sí una doble posibilidad de invadir Castilla: avanzar hacia el norte, aprovechando las tierras amigas de los Stúñiga, o hacerlo hacia Andalucía siguiendo la línea de las fortalezas de los Pacheco como pasos sucesivos en su avance.

Hacia el norte tenía la ventaja de poder establecer, desde Plasencia hasta Toro, una amplia base de partida, bien apoyada en el Duero por el norte y en las Sierras de Béjar y Avila por el sur desde las que podría ampliar sus conquistas con cierta facilidad.

La existencia en Burgos de una fuerte facción favorable a su causa, materializada en el dominio del castillo de la ciudad en poder de los Stúñiga, daba a esta posible dirección de avance un atractivo especial.

Pensaba Alfonso que si lograba dominar el Duero bajo y extender desde esta base su dominio hasta Burgos, sería posible la intervención a su favor del rey de Francia, invadiendo las provincias vascas.

El inconveniente de este curso de la acción estribaba en la posibilidad que Fernando e Isabel tenían de reunir en un tiempo relativamente corto gran cantidad de tropas.

El avance hacia el sur era, quizá, más fácil de ejecución, dada la excelente posición de las fortalezas amigas, y contaba, además, con la ventaja de que sería difícil a sus enemigos reunir una cantidad de fuerzas suficientes para inquietarle seriamente. El inconveniente decisivo era que no podía, en plazo breve, llevar a una decisión satisfactoria del conflicto.

El tiempo, al parecer, era un elemento decisivo en el resultado final. Cualquiera que fuesen las promesas y aún los apoyos iniciales al rey portugués. La popularidad de los Reyes Católicos se iba imponiendo en el país.

Contaba el portugués con un ejército en armas superior al que pudiera oponérsele, tanto por su composición como por su entrenamiento y calidad. Una solución rápida o por lo menos, la dominación en corto tiempo de un territorio castellano extenso y con facilidades para su defensa y ampliación, podía ser decisivo para mantener a los aliados y hasta aumentar su número. Una guerra larga acabaría con sus aspiraciones por la superioridad potencial castellana.

Ahora bien, cualquiera que fuere el plan portugués, las acciones previas

de Fernando V le habían limitado a un solo eje, por haber sido cerradas las fronteras en sus pasos naturales para un ejército portugués importante.

La maniobra portuguesa quedaba, pues, limitada al eje de penetración del valle del Tajo, en el que las dificultades naturales eran grandes y obligaban, tanto para la solución norte como para la sur, a un rodeo considerable con pérdida de tiempo y una indeseable exposición de los flancos al enemigo.

La invasión de Castilla

El avance portugués se produce en la segunda decena de mayo de 1475. Una fuerza no muy grande avanza hacia Plasencia sin atacar ni ser molestada desde la fortaleza de Alburquerque, en manos de los partidarios de Fernando e Isabel. No parece numeroso este ejército. Las cifras manejadas por los historiadores varían entre once mil y veinte mil hombres. En lo que sí hay acuerdo es en su calidad. Un tercio, al menos, es buena caballería pesada. Hay con ellos elementos artilleros nada despreciables.

En Plasencia, a donde llegan sin combatir, son esperados por nobles de su partido. El 25 de mayo, Don Alfonso V de Portugal y Doña Juana son proclamados reyes de Castilla. Poco después se celebran los desposorios entre tío (hombre aproximado a los cincuenta años) y sobrina (de trece), sin que tenga lugar el matrimonio, en espera de la dispensa pontificia.

Tras estas ceremonias, sin prisas, el ejército portugués se pone en marcha en dirección a Béjar, fortaleza de los Stúñiga, y desde ésta a Arévalo, pasando por tierras enemigas del Duque de Alba.

El mes de junio de 1475 es decisivo en relación a la guerra.

Don Fernando reúne, como hemos dicho, un importante ejército en Valladolid.

Don Alfonso, en Arévalo, discute con los nobles adictos su plan de acción.

En Burgos, el castillo, cuyo alcalde es Don Iñigo de Stúñiga, resiste el cerco que le ha puesto y reforzado Don Fernando.

De Toro se recibe una embajada en Arévalo por lo que su alcalde Don Juan de Ulloa se declara súbdito del portugués.

Posibles planes para la ofensiva portuguesa. Ocupación de Toro

Ante Don Alfonso hay dos cursos de acción.

1.º Reforzar su posición estableciéndose fuertemente en la línea: Arévalo-Castronuño-Toro.

2.º Lanzarse en socorro de Burgos pasando el Duero por Peñafiel y acercándose a los Pirineos.

Ambas cosas eran parte de su concepción inicial de la guerra. Ambas debía de acometerlas antes o después. Se trataba de establecer una prioridad entre ambos objetivos.

Los Stúñiga, y muy especialmente el Duque de Arévalo, eran partidarios de que el castillo de Burgos fuera socorrido de inmediato.

Dar prioridad a esta acción suponía un grave peligro para el conjunto. Las fuerzas que se habían prometido al rey portugués no aparecían.

Aparte de las modestas aportaciones de los Stúñiga, la otra gran familia, los Pacheco, y, en especial, el Marqués de Villena, acosado en sus posesiones por los partidarios de Isabel, no había podido contribuir a la mesnada real. Alfonso V recelaba por entonces si su actuación en Castilla se estaba realizando en beneficio exclusivo de los nobles que se decían sus amigos. No parece, por tanto, descabellado que optase por dar primacía a la solución menos brillante, pero más segura; esto es, aceptar el vasallaje de Toro y ocupar esta importante villa.

No parece lógico cruzar el Duero, aguas arriba de la desembocadura del Pisuerga para lanzarse hacia Burgos con los flancos descubiertos, cuando en Valladolid el rey Fernando había juntado un ejército que doblaba en número, si no en calidad, al portugués.

Consecuentemente, Alfonso con sus fuerzas se dirigió a Toro. Critican los historiadores este movimiento, pero las razones del monarca parecen fundadas y, lo que es más, obligan a su adversario a dar un verdadero paso en falso cuya trascendencia podía ser fatal.

Consecuencias de la ocupación de Toro. Ataque castellano abortado

La ocupación de Toro, en efecto produjo en el bando contrario gran inquietud. Se temió que el movimiento no fuese sino el primero de una serie de pasos que podían darse al oeste de Valladolid en la peligrosa dirección de la frontera pirenaica.

Así lo estimó Fernando V, quien reunió a su gente y los llevó por la margen derecha del Duero a Tordesillas, donde se le unen las fuerzas pesadas del Duque de Alba, del Conde Benavente, de los Mendoza y de los Velasco. A mediados de julio el ejército castellano se encuentra frente a Toro, siempre en la margen derecha del Duero. Dentro el portugués tiene poco más o menos los efectivos que pasaron la frontera en el mes de mayo: digamos, como máximo, veinte mil hombres, entre los cuales hay un núcleo importante, quizá un tercio, de guerreros experimentados, hombres de armas encubiertos y una artillería respetable. Fuera, el castellano tiene una gran fuerza de, por lo menos, 50.000 hombres; de ellos sólo una quinta parte era fuerza de primera categoría, el resto podía tener bravura y convicción pero distaba mucho de ser militarmente aprovechable, careciendo de artillería en la cantidad necesaria para poner a la ciudad de Toro un cerco con posibilidades de éxito.

De la comparación resulta que Fernando de Castilla no tenía medios para atacar a la plaza y deseaba el combate en campo abierto. Alfonso de

Portugal, por el contrario, se sentía seguro en la ciudad y no podía permitirse el albur de la batalla campal. Su fuerza principal ($20.000 = 6.600$)

era inferior en número y análoga en calidad a la fuerza castellana ($50.000 = 10.000$).

5
Su táctica consistió en organizar una serie de acciones de pequeña entidad contra la retaguardia enemiga, valiéndose de su dominio de la orilla izquierda del río y, muy en especial, de la fortaleza de Castronuño.

No tardó en surtir efecto esta táctica de guerrillas sobre el numeroso ejército castellano. Los nobles se mostraron partidarios de abandonar el cerco y Fernando les dio la razón a pesar de que la masa de peones procedentes de Asturias y Vizcaya pretendía continuar. El gasto producido por tan considerable fuerza era muy superior a las disponibilidades del tesoro castellano.

Fortalecimiento de la posición portuguesa

La retirada de Toro había sido un éxito de Alfonso sin combatir. Varias fortalezas próximas (Villalonso, Tiedra, Mota del Marqués, San Cebrián de Mazote) se habían declarado a su favor, Zamora, en la retaguardia había levantado sus pendones.

De esta manera la posición portuguesa en Castilla toma una fuerza considerable. Hay unos núcleos iniciales que van uniéndose entre sí. Desde Plasencia, en el Tajo, por Béjar y Arévalo, encaja con el dominio propiamente portugués en el bajo Duero, desde Castronuño a la frontera portuguesa. Poco importa que a retaguardia Ciudad Rodrigo y Salamanca sigan a los partidarios de Fernando, la frontera con Portugal está abierta en todo lo ancho del valle del Duero.

Está en peligro toda la cadena de fuertes del valle del río Trabancos que debilitaban la posición del portugués en Toro (Siete Iglesias, Alaejos, Cantalapiedra) y queda prácticamente en primera línea la serie de fuertes castellanos que se inician en Avila, siguen por Madrigal de las Altas Torres, Medina del Campo, Olmedo, Tordesillas y Medina de Ríoseco.

Pero, aún más, a retaguardia de esta línea los portugueses tienen un fuerte bastión en el castillo de Peñafiel, perteneciente a la familia Girón, emparentada de cerca con los Pacheco. Peñafiel no es sólo una de las fortalezas más importantes de Castilla, sino un paso seguro del Duero a menos de 100 kilómetros de Burgos, ciudad clave en esta guerra, como ya se ha señalado.

Nuevas perspectivas de la acción. Socorro al castillo de Burgos

Por aquí, precisamente, van a ir los esfuerzos de Alfonso V. Había quedado demostrado que la concentración castellana de Valladolid a primeros de julio no era un ejército tan fuerte que pusiera en peligro las acciones portuguesas, siempre que se basaran en posiciones de fuerza, como lo fue Toro o como podía serlo Peñafiel o el mismo Burgos, caso de ser dominado. Lo que no podía hacer Don Alfonso era arriesgar en una batalla el porvenir. Su habilidad estratégica le había proporcionado hasta entonces una fuerte posición sin reñir para ello ni un solo encuentro de importancia. Su crédito, en consecuencia, sube a los ojos de los nobles castellanos. Hay tres hechos que lo confirman: 1.º) el Arzobispo de Toledo envía 500 lanzas a Arévalo como primera contribución de su archidiócesis; 2.º) en el campo de Calatrava y en las tierras de Villena se aviva la lucha por parte de sus partidarios, Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava, y el mismo Marqués de Villena; 3.º) se sospecha en la corte de Isabel y Fernando que el Conde de Benavente, que tenía sus dominios exactamente al norte del entrante portugués en el Duero; y el Duque de Alburquerque, que dominaba la frontera portuguesa en el Tajo, había entrado en conversaciones con el enemigo.

En el ámbito internacional las circunstancias favorecen también al portugués. Francia, que había sido atacada por Inglaterra y se encontraba muy ocupada en sus propios asuntos, firma la paz con el inglés y se asoma de nuevo a la guerra de sucesión española. La importancia del antiguo plan de ataque a Burgos se pone de nuevo de manifiesto. Don Alfonso decide, tras una larga consideración, acudir en su ayuda aunque con graves recelos por la marcha peligrosa que había de hacerse por territorio enemigo. Se encontraba el castillo de Burgos en una delicada situación. Don Fernando V había acudido a reforzar el asedio. La lección de la marcha sobre Toro y su descalabro sin combate no habían caído en saco roto. Había buscado ante todo crear un elemento poderoso de ataque, organizando los fuegos de su ejército. Ya en Toro había preocupado de que a Burgos fueran enviadas piezas de sitio. A finales de agosto la situación de la fortaleza es desesperada, seis minas esaban siendo construidas por debajo de sus muros.

A pesar de sus preocupaciones Alfonso V alcanza con facilidad, sin combate, Peñafiel. El camino hacia Burgos parece abierto, pero pronto empiezan las dificultades.

Reacción castellana. La Reina ataca el flanco portugués

Isabel de Castilla, completamente recuperada de su aborto de mayo, acude a Palencia con un importante contingente el 12 de septiembre.

Su objeto es amenazar de flanco la marcha de Alfonso V, quizá plan-

teando una batalla importante a lo que el portugués no estaba dispuesto.

Acompañan a éste en su empresa las fuerzas del Duque de Arévalo, de Arzobispo de Toledo y del Conde de Urueña. Están con Isabel el Cardenal de España, el Almirante de Castilla y el Conde de Benavente.

Isabel dispone una serie de acciones de pequeña entidad sobre las fuerzas partidarias de Alfonso al norte del Duero, pero sobre todo encarga al Conde de Benavente una acción defensiva sobre la débil fortaleza de Baltanás. El Conde, con un par de centenares de hombres, es atacado por fuerzas muy superiores que le cercan, derrotan y hacen prisionero. El encuentro ha sido duro y no parece ser el último en la marcha de portugueses y sus aliados a Burgos. Alfonso, que tiene un núcleo reducido de hombres de armas adictos, ve en ello (o al menos actúa como si lo viera) una amenaza, tanto más grave cuanto más avance en dirección al norte. Con la reina quedan las poderosas fuerzas del Cardenal y del Almirante, este último, señor de Medina de Ríoseco, biznieto de Alfonso XI y suegro de Juan II de Aragón, es un escollo formidable que defiende tierras que le son propias con vasallos que se muestran adictos.

Alfonso V, en consecuencia, se retira a Peñafiel contentándose con fortalecer sus dominios y evitar aventuras que pudieran ser de funestos resultados.

De esta manera, en septiembre, como antes aconteciera en mayo, los reyes de Castilla, por separado juegan sus papeles en el gran tablero de ajedrez de la meseta. Don Fernando, en Burgos, ataca de cerca al castillo. Doña Isabel, en Palencia, pierde un valioso alfil pero resuelve magistralmente una jugada enemiga que podría haber acabado con una de sus mejores torres. Porque la retirada de Alfonso de Baltanás no sólo significa la pérdida del castillo de Burgos para su partido; sino, lo que es peor, la defección de la gran casa de los Stúñiga a quienes pertenecía el castillo.

Iniciativa castellana. Zamora, pieza clave

El rey portugués, maestro en el arte de la guerra, sabe que está jugando con fuego y que no puede dar un solo paso en falso.

Recibe noticias de que hay gentes en Zamora que conspiran contra él y decide regresar cuanto antes a su zona de seguridad en el bajo Duero. A su regreso consigue en un golpe de audacia y suerte hacerse con Cantalapiedra. Por otra parte, y como pago de la reducción del cautivo Conde de Benavente, recibe tres fortalezas más: Portillo, Mayorga y Villalba de los Alcores. Con ello su posición en el viejo reino leonés se fortalecía, aparentemente, cada día más, pudiendo esperar el invierno sin problemas.

De regreso a Valladolid Doña Isabel establece una serie de contactos con agentes suyos que fomentan la sublevación de Zamora contra Alfonso. Era, posiblemente, la acción más decisiva contra el enemigo, una vez que el apoyo de los nobles había quedado malparado tras el abandono de la expedición de socorro a Burgos.

Las gestiones tienen éxito. Francisco de Valdés, alcaide de las torres

del puente de Zamora, se declara partidario de los reyes. Alfonso, desde la ciudad, dispone el ataque a los puentes. Isabel, mientras tanto, llama a Fernando V en secreto y el rey castellano al frente de sus tropas se dirige a Zamora, dejando en el cerco de Burgos a su hermano Alfonso de Aragón auxiliado por el Condestable de Castilla.

El 4 de diciembre sale Fernando de Valladolid con un núcleo escogido de tropas. Alfonso V se retira con los suyos a Toro.

El día 3 la ciudad de Zamora es ocupada por D. Fernando. Los partidarios del portugués se encierran en el castillo, donde ofrecen fuerte resistencia.

Pero ya la guerra había cambiado de signo. La pérdida de Zamora es la señal de la próxima derrota portuguesa. Alfonso V había actuado con dureza en la represión de los posibles culpables de connivencia con el enemigo. Quizá no le faltará razón, pero la ejecución de varios sospechosos el 30 de noviembre, había creado alrededor de su persona un ambiente difuso de hostilidad. Por lo contrario los Reyes Católicos, y muy en especial Doña Isabel, daban muestras continuas de tener los brazos abiertos a cualquiera que viniera a su causa, cualesquiera que hubieran sido sus acciones pasadas. Incluso se premiaba con largueza estas adhesiones dando a sus actores cargos, tierras, honores y dinero.

En lo militar la pérdida de Zamora era irreparable. La posibilidad de ser reforzado desde Portugal estaba basada en el mantenimiento de la ciudad. El dispositivo defensivo montado con tanta paciencia y sabiduría se vendría abajo si no se recuperaba íntegramente su dominio. La barbacana poderosa de Toro y Castronuño sobre el Duero tenía que tener, para ser útil, la retaguardia de Zamora.

En el juego de las alianzas esta pérdida puede muy bien relacionarse con los siguientes hechos que se producen alrededor de la misma fecha, pero que están íntimamente relacionados con ella en cuanto a su gestación:

1. Ocupación del castillo de Burgos.
2. Defección de la familia Stúñiga.
3. Defección del conde de Urueña, de la familia Pacheco.
4. Ocupación de la ciudad de Villona,alzada contra el marqués del mismo nombre.

La primera y la segunda están íntimamente relacionadas entre sí. Los Reyes Católicos encuentran la fórmula para romper la aparente solidaridad inicial de la familia, consiguiendo atraerla a su lado en parte y también en parte manteniéndola neutral.

Las dos últimas suponen la debilitación de la familia Pacheco, atacada en sus bases con una mezcla sabia de promesas y actividad militar.

Todos los que como los Stúñiga y algunos de los Pacheco se van acogiendo al perdón real, obtienen no sólo el perdón, sino amplias retribuciones.

El Castillo de Burgos, por ejemplo, detentado injustamente por los

Stúñiga desde treinta años atrás, vuelve al poder real, pero los reyes pagan por ello una importante cantidad.

Hay también una faceta, digna de ser mencionada, que actúa a favor de Isabel y Fernando de una manera continua: la disminución progresiva del poder señorial de los nobles a favor del poder de la corona. Los habitantes de ciudades y pueblos prefieren este último sistema. Los reyes, recogiendo con ello la voluntad de sus vasallos, van restando de esta forma poder a la nobleza. Los nobles, levantados contra la corona, pierden parte de sus estados, pero son ampliamente resarcidos con rentas, honores y cargos; los del estado llano alcanzan un viejo deseo; la autoridad real sale fortalecida en el cambio. De esta manera todos están contentos y la causa de Fernando e Isabel va ganando prosélitos por toda Castilla.

II

AMBIENTE INICIAL

A primeros de febrero de 1476 la situación de los dos ejércitos es la siguiente:

Ejército portugués.—Domina las plazas fuertes de Toro y Castronuño y las fortalezas de Cantalapedra, Portillo, Mayorga y Villalba de los Alcores, entre otras de menos importancia.

Sus fuerzas estaban divididas en dos núcleos principales, además de las guarniciones de las plazas ocupadas. Los núcleos son:

- 1.º Con el Rey Alfonso V en Toro, unos 800 caballos.
- 2.º Con el Príncipe heredero, 2.500 caballos y 15.000 peones.

Ejército castellano.—Domina las plazas que rodean el entrante portugués: Medina de Rioseco, Tordesillas, Olmedo, Medina del Campo, Madrigal.

Cerca el castillo de Zamora con una fueraz superior a los 5.000 hombres dotados con artillería en número de más de 10 piezas.

La ocupación de Burgos ha dejado libre una fuerza de análogas características a las órdenes de Alfonso de Aragón.

La reina ha logrado movilizar en Valladolid y Tordesillas una fuerza de por lo menos 3.000 hombres, con el Conde de Treviño al frente.

Situación de las fuerzas

Portuguesas.—El rey portugués se encuentra en Toro con sus 800 caballos de armas y un número no especificado de infantes.

El Príncipe Juan se acerca a la frontera con Castilla y la atraviesa a primeros de mes, cayendo sobre Ledesma y ocupándola.

Castellanas.—El núcleo mandado por Fernando V se encuentra rodeando el castillo de Zamora.

El de Alfonso de Aragón está en Medina, guarneciendo el castillo y la comarca.

El del Conde de Treviño se dirige a la fortaleza de Alaejos, al sur de Castronuño.

Planes de los dos adversarios

Conocida la existencia de la fuerza portuguesa de socorro, Fernando V decide batir por separado a los dos núcleos portugueses.

Para ello piensa dejar en el sitio de Zamora las fuerzas indispensables para su mantenimiento y se dirige con el resto (unos 5.200 hombres, 2.200 de ellos a caballo) hacia Ledesma o hacia Toro contra Alfonso V.

Mientras tanto, la reina prepara una fuerza que desde Alaejos se dirige a Fuentesauco a fin de amenazar las comunicaciones de los portugueses con su retaguardia.

Alfonso V intenta ante todo reunir sus fuerzas en Toro, para lo cual espera en esta ciudad la llegada de su hijo.

Desarrollo de acontecimientos

En los primeros días de febrero Fernando se dirige a Toro y presenta batalla a Alfonso. Este, en vista de su inferioridad, no la acepta. Fernando ha de volver sobre sus pasos a Zamora para no verse envuelto por los portugueses del Príncipe Juan que entra en Toro el día 9.

Reforzado el rey Alfonso, sale de Toro el día 13 y se dirige a Cantalapedra para desde allí caer sobre la ciudad de Zamora, a la que pone sitio desde el Sur.

Dentro de la ciudad, ocupando los fuertes del puente, Fernando V cerca el castillo en el que resisten fuerzas portuguesas.

Los castellanos de esta manera aparecen cercados por los portugueses y sus partidarios.

La reina, actuando una vez más con su claro sentido estratégico, envía una importante cantidad de tropas a cortar las comunicaciones portu-

sas en Fuentesauco. El avance de estas fuerzas por su espalda no puede por menos de inquietar a Alfonso V y a los suyos. Trata entonces de buscar un alto al fuego provisional, que los castellanos no aceptan.

En vista de ello Don Alfonso decide romper por su cuenta el cerco y dirigirse a Todo. Para ello destruye una parte del puente zamorano y emprende la marcha en la madrugada del día 1 de marzo de 1476 por la margen izquierda del río.

Al amanecer se dan cuenta los castellanos de la huida y adoptan, por orden de su rey, la resolución de perseguirle.

Transcurren cerca de tres horas antes de que sea provisionalmente reparado el puente y pueda pasar sobre él el ejército de Don Fernando.

La marcha de las fuerzas es rápida y consigue disminuir la distancia a los perseguidos. El frío es intenso.

Hacia las 15.00 horas la vanguardia castellana logra alcanzar a la retaguardia enemiga a la altura del estrecho que forman las colinas con el río en las proximidades de la aldea de Pelca Gonzalo, a unos 10 kilómetros de Toro.

El ejército portugués, por su parte, en vista de que no le quedaba tiempo para llegar ordenadamente a Toro adopta el orden de batalla apoyando su flanco derecho en el río, y el izquierdo en las colinas al oeste de Valdefinjas.

La batalla es realmente un encuentro importante dadas las magnitudes totales de efectivos con que contaban los ejércitos de uno y otro bando por entonces.

Hay que tener en cuenta que tiene lugar en pleno invierno, época en la que no era corriente disponer de fuerzas numerosas. Por ambas partes puede decirse que actúa lo más importante de la masa de maniobra disponible. La victoria o la derrota no es, pues, un hecho superable, sino un hecho definitivo. De nada valdrá que el derrotado recurra a reunir nuevos efectivos. La fuerza que en ella se derrote no podrá reorganizarse de nuevo en mucho tiempo.

Tengamos en cuenta también que ambos reyes, apoyados por lo mejor de sus hombres de armas, van a actuar personalmente, combatiendo entre los suyos.

Organización del ejército portugués

Al recibir el ataque de la vanguardia castellana los portugueses y aliados se encuentran desplegados en tres núcleos acelados.

En el centro el rey Don Alfonso con las gentes de su Casa y las fuerzas castellanas leales, bajo las órdenes de Ruy Pereira.

A la derecha el Arzobispo de Toledo con las mesnadas de los nobles portugueses de los Condes de Villareal y Monstant.

A la izquierda el Príncipe Don Juan con la masa principal de combate, de la que es elemento fundamental las 800 mejores lanzas del ejér-

cito y la artillería disponible. Con el Príncipe, mandando las tres batallas de este costado se encontraban el Obispo de Evora, el Conde de Faro y el Duque de Guimaraes.

Possible curso ideado para la acción

Resistir el ataque de la vanguardia enemiga que se había dejado sentir. Contraatacarla con la masa principal del ala izquierda, rechazándola y persiguiéndola, para romper el ala derecha enemiga en virtud del fuego artillero. Lanzar el centro al asalto del centro enemigo. Resistir el empuje en la derecha.

En una segunda fase atacar con la izquierda victoriosa, de revés, al centro enemigo y lograr su destrucción y la del ala izquierda contra el río Duero.

El plan parece razonable. Es de suponer que el ala izquierda castellana, la más fuerte, tardara en organizarse y entrar en combate el tiempo preciso para que la evolución de la izquierda portuguesa obtuviera el éxito inicial que se proponía.

La colocación de la artillería en el lado izquierdo tiene una doble ventaja: técnica (al permitir hacer los tiros contra el centro enemigo aun por encima de las tropas propias) y de seguridad (al garantizar su integridad con lo más importante del ejército, su ala izquierda).

En caso de que las cosas no fueran bien cabía la retirada a la próxima ciudad de Toro y la protección de la retirada mediante la defensa accidental de algunas alturas al sur de la ciudad que permitiesen retroceder a las unidades más pesadas.

Quizá el mayor peligro del plan estaba en el exceso de impulsión de la magnífica caballería del Príncipe Don Juan.

Organización del ejército castellano

El ejército de Don Fernando V avanza protegido por una vanguardia y organizado en tres cuerpos.

La vanguardia, mandada por Don. Alvaro de Mendoza estaba constituida por una fuerza a aballo de unos trescientos hombres, cuya misión era alcanzar lo antes posible al ejército enemigo y comprometerle a reñir combate.

El primer cuerpo, que había de ocupar la derecha del orden de batalla ideado, estaba compuesto de cinco unidades análogas a la vanguardia formada por jinetes ligeros, y cada una de ellas a las órdenes de un capitán de probada capacidad. Sus nombres eran: D. Alfonso de Fonseca (Obispo de Avila), D. Pedro de Guzmán, D. Bernal Francés, D. Pedro de Velasco y D. Vasco de Vivero. Con ellos, a su retaguardia, marchaba una masa de peones a las órdenes de D. Nicolás de Ovando.

El segundo cuerpo, que había de ocupar el centro estaba presidido por

el rey en persona y se subdividía en tres trozos: 1) la gente de Palacio con sus guardias; 2) el Conde de Lemos con gentes de armas de Galicia, y 3) los hombres armados de las ciudades y villas castellanas de Salamanca, Zamora y Valladolid.

El tercer cuerpo, que formaría la izquierda, estaba constituido por la pesada caballería señorial de las grandes familias castellanas adictas. Se constituía por cinco núcleos de diversa entidad. Los tres primeros, los más fuertes, eran las mesnadas de los Enriquez, mandados por el Almirante de Castilla D. Alonso Enriquez, de los Alba, mandados por don García de Toledo y del cardenal de Santiago mandados por D. Pedro González de Mendoza. Tras ellas marchaban las otras dos con el Conde de Alba de Liste y las del Marqués de Astorga, a las órdenes esta última de D. Luis Osorio, por ser el Marqués un niño.

Posible curso ideado para la acción

Alcanzada la retaguardia enemiga por los jinetes ligeros de D. Alvaro de Mendoza, trataría la vanguardia de trabar el combate para obligar al despliegue e impedir que no produjera el ataque enemigo sobre el grueso aún no desplegado. Para ello trataría de atraerle hacia el ala derecha, en la zona más quebrada, menos expuesta al fuego de su artillería y más embarazosa para la caballería pesada, y, al contrario, la más apta para los peones y los jinetes ligeros.

Mientras tanto, despliegan de los gruesos empezando por el cuerpo primero (a la derecha), siguiendo el segundo (centro) y terminando por el tercero (a la izquierda), apoyado en el río.

Cuando la vanguardia hubiera atraído a la poderosa caballería pesada lusa y la hubiera conducido contra el resto del ala derecha castellana, cerraría el centro contra el centro enemigo y la extrema izquierda impediría la máxima potencia a su golpe a fin de romper la derecha enemiga, envolverla y destruirla, tratando a toda costa de correrse por la ribera del Duero para cortar la retirada sobre la ciudad de Toro.

Desarrollo de la batalla

De acuerdo con el plan castellano la vanguardia traba combate con fuerzas de retaguardia lusa.

El Príncipe Don Juan acude con su caballería pesada y desbarata la vanguardia castellana, persiguiéndola y derrotándola.

Esta se acoge al ala derecha castellana y se traba un combate en una zona del monte en la que los pesados jinetes portugueses pierden mucho de su valor táctico ante la acometida de los jinetes ligeros castellanos y de los peones.

Queda con ello desvirtuado el intento de envolvimiento previsto para la caballería del Príncipe Don Juan.

Por otra parte, el fuego de la artillería portuguesa parece que no consigue impedir que el ejército castellano logre salir completamente del desfiladero por el que marchaba.

La reacción castellana es violenta. El centro, primero, mandado por el rey; y la izquierda, después, con la masa de la caballería pesada castellana empujan al enemigo.

No se consigue como se había previsto aplastar al ala derecha portuguesa y cortarle el camino de regreso a Toro, pero sí desorganizar la derecha y el centro tan profundamente que se toma el estandarte real y el mismo rey ha de huir del campo de batalla, acogiéndose a la fortaleza de Castronuño.

Sólo se salva del descalabro la izquierda portuguesa, la cual, bajo el mando del Príncipe Don Juan, se acoge a las alturas al sur de Toro, donde logra mantenerse durante la noche para emprender al día siguiente el regreso a la ciudad.

Don Fernando, reñida la batalla, dio orden de regresar a Zamora, no procediendo a la persecución del enemigo derrotado, en virtud de lo cual el regreso del Príncipe primero y después del rey se pudo hacer sin dificultades.

III

CONSECUENCIAS DE LA BATALLA

Tras la batalla de Toro el poderío portugués en Castilla se desmembra y con él las esperanzas de Doña Juana al trono.

La primera consecuencia material fue la rendición de la fortaleza de Zamora. En ella, como era su costumbre, los Reyes Católicos obraron con magnanimidad. No sólo perdonaron al alcaide, Don Alfonso de Valencia, sino que le restituyeron en todos sus bienes y privilegios.

Después, el Arzobispo de Toledo hubo de acudir a sus tierras por llegarle noticia de levantamiento en distintos puntos.

Quedó solo, prácticamente, el portugués con sus fortalezas de Toro, Cantalapiedra, Castronuño, Cubillas, Siete Iglesias, Villalfonso, La Mota, Portillo, Villalba de los Alcores y Mayorga.

Don Fernando puso cerco a Cantalapiedra. El rey en Portugal, sin fuerzas para socorrerla convino con el de Castilla un pacto por el que a cambio de devolver las fortalezas de Villalba, Mayorga y Portillo, le concediese una tregua de seis meses.

En abril los franceses atacaron por Fuenterrabía y Don Fernando acudió a cerrarles el paso.

En Castilla, Doña Isabel se situó en Tordesillas para vigilar al rey de Portugal en Toro. Cercadas por tropas castellanas estaban las ciudades de Trujillo, Uclés y Madrid.

La caída de estas ciudades hizo que la totalidad de la familia Pacheco pidiera el perdón real, correspondiendo, como de costumbre, perdón y beneficios.

El rey de Portugal se dirigió entonces a Francia a solicitar ayuda de Luis XI, pero no consiguió nada.

Doña Isabel en tanto puso sitio a Toro y logró tomarlo por sorpresa en septiembre. La defensa del castillo, en nombre de los portugueses, duró aún algún tiempo pero el 19 de octubre se rindió. No sin el más amplio perdón de la reina a sus extraviados súbditos.

En enero de 1477 los únicos restos del poder portugués en Castilla eran los fuertes de Castronuño, Cubillas, Siete Iglesias y Cantalapedra, todos ellos cercados.

En abril se rindieron Cubillas y Siete Iglesias y en mayo Cantalapedra.

Castronuño, un punto de extraordinaria fortaleza natural, resistió hasta el otoño del mismo año y cayó, también, por capitulación, no por asalto.

Con ello se cierra el ciclo de la batalla de Toro, una acción en apariencia poco importante que trae un cambio total en las relaciones entre el poder real, el poder de la nobleza y el pueblo llano.

El ejército que sitió Granada y la tomó y el espíritu de América y de Italia tienen mucho que ver con esta oscura batalla ganada por los castellanos el 1.º de marzo de 1476.